

**ALEJANDRO CURCIO**

# **CAPITAL DE VIDA**

**LEGADO DE VALORES EN LA CULTURA  
EMPRESARIAL Y FAMILIAR**

**conecta**

© 2018, Alejandro Curcio  
© 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial  
Editorial Sudamericana Uruguaya S. A.  
Colonia 950 piso 6 C. P. 11.100 Montevideo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diseño de tapa: Leticia Cencio  
Fotografía de portada: Tali Kimelman

*Printed in Uruguay* - Impreso en Uruguay

ISBN: 978-9974-892-04-0  
Depósito legal:

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# PRÓLOGO

## LA NECESIDAD DE UN LEGADO

En Uruguay no es habitual que los empresarios escriban libros que expresen abiertamente los secretos de su gestión y el compromiso con la empresa que conducen. Mucho menos que reflexionen sobre cuestiones que están más allá de lo empresarial porque refieren a la familia, al amor, la felicidad, los valores personales y la necesidad de transmitir esos valores a las generaciones futuras.

Quizá esta ausencia de libros escritos por dueños de compañías se vincule de alguna manera a cierta imagen negativa que los empresarios nacionales padecen desde hace varias décadas, aunque no sería oportuno analizar los motivos aquí, en especial porque las razones son más que nada culturales y políticas. La figura del empresario que en tiempos de Francisco Piria o Emilio Reus concitaba admiración y ejemplo, con el decurso de los años y al influjo de las ideologías que creen en la lucha de clases, devino en estereotipos simplificadores y a veces despectivos. Y ante ello, la clase empresarial se ha hecho remisa a expresarse por fuera de sus ámbitos naturales, prensa incluida.

Alejandro Curcio, presidente de AYAX S. A., rompe con ese paradigma al escribir *Capital de vida*, libro en el que se ha propuesto dejar en negro sobre blanco una serie de vivencias, reflexiones e inquietudes personales que apuntan al testimonio y, como él

mismo enfatiza, constituyen un legado para quienes lo sucederán cuando él no esté presente físicamente.

Alejandro es un hombre todavía joven —cuarenta y seis años—, pero como ingresó muy temprano a la empresa familiar, y muy pronto tuvo que conducirla, acumuló con rapidez una experiencia que a otros les lleva varias décadas obtener.

Cuando el 2 de mayo de 1992 accede a la dirección de Ajax, la firma lleva cuarenta y siete años en el mercado y hace veinticuatro que es la representante exclusiva de la marca Toyota en Uruguay. Su padre, Emilio Curcio, le transfiere la responsabilidad de conducir la empresa familiar —que había vivido ya una crisis importante cuando la ruptura de la tablita en 1982— a una edad en la que todavía estudiaba su licenciatura en Administración de Empresas en la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga. A partir de ese momento, Alejandro asume un compromiso decisivo, no solo con su padre y el resto de la familia, sino con toda la plantilla de empleados de Ajax.

Los años subsiguientes le imponen a Alejandro aprendizajes y desafíos. Al legado de la cultura familiar que recibe de su padre va a incorporar un contacto inevitable y permanente con la cultura japonesa y con los descendientes de Sakichi Toyoda. Esa circunstancia va a ir moldeando su temple como empresario y le deparará vivencias trascendentales en el diálogo con los ejecutivos de Toyota.

Toda esa experiencia acumulada en un cuarto de siglo al frente de AYAX le ha servido a Alejandro para encarar la escritura de este libro. Pero los temas de este texto no se agotan en las peripecias del empresario. Ese “capital de vida” que el autor confiesa haber acrecentado luego de haberlo recibido de su padre se nutre también de lecturas, de la práctica de terapias neurolingüísticas, de experiencias límites —como la lucha contra el océano en José Ignacio, que da comienzo al libro—, de duras negociaciones, no solo ante una empresa como Toyota, sino frente a una cultura —la oriental— que en muchos aspectos difiere de la occidental, sobre todo en lo que a paciencia se refiere. Alejandro consigna viajes decisivos, encuentros, diálogos reveladores y la búsqueda del autocontrol con el que logró modificar conductas negativas y reacciones inadecuadas ante situaciones diversas.

A partir de todo esto, *Capital de vida* acumula varias caracterizaciones sin dejar de ser un libro inclasificable. Alguien podrá decir que tiene un perfil de texto de autoayuda, pero el ayudado principal es el que lo escribió. O que se trata del homenaje de un hijo agradecido a su padre, cosa que lo es. Pero va más lejos en el sentido de que el homenaje también es un testimonio de lo que ese hijo ha hecho con lo que su padre le legó. Además, es una historia brevísima y certera sobre Sakichi y Kiichiro Toyoda y la inmensa gesta que realizaron al crear Toyota, la marca de automóviles más importante del mundo. Y es, por supuesto, la confesión personalísima de alguien que se anima a decir —y por escrito— que su finalidad principal en la vida es ser feliz, y que, como dijo algún sabio, la felicidad no es algo que uno busca, sino algo que uno se permite.

Si uno conoce a Alejandro, al leer su libro puede comprender que la profusión de reflexiones y conceptos, el salto desprejuiciado de un tema a otro y el fervor en la defensa de convicciones, que aun siendo muy discutibles son mostradas sin falso pudor ni filtro, forman parte de su personalidad extrovertida y su búsqueda permanente de una mejora continua en todas las dimensiones de la existencia. En tal sentido este libro es el reflejo fiel de un autor que se anima a indagar en sí mismo y a dialogar con el lector con absoluta sinceridad.

Por último, la pretensión de Alejandro —dejar un legado a sus descendientes que no sea un mero capital económico, sino algo más valioso y trascendental como lo es el acopio de valores para la vida— no se expresa con la pesadez de un tratado o la iluminada actitud de un convencido que quiere dar cátedra. El autor simplemente trata de exponer algunas ideas escritas con el deseo de que trasciendan, sin otra intención que dibujar en ellas el perfil de un hombre que, instalado con lucidez en el presente, se preocupa —y mucho— por el futuro.

Todo libro —de ficción, testimonial, o del género que sea— siempre es autobiográfico y expresa en primer lugar a su autor más allá del tema que trate. Sin dudas que *Capital de vida* lo es en grado superlativo. Pero la escritura también suele ser un mecanismo de alivio y salvación, de ordenamiento de pensamientos muchas veces opuestos, de confesión y registro de lo que de otra manera

no podría expresarse. Desde ese punto de vista, este libro aporta la rara posibilidad, al menos para la edición uruguaya, de conocer de primera mano el pensamiento, las inquietudes vitales y los desvelos existenciales de un empresario uruguayo joven y emprendedor que se anima a contar su experiencia y legar un capital de valores a los que lo sucedan. Y eso es un gran aporte para el tiempo que vivimos.

**Hugo Burel**

# INTRODUCCIÓN

## **CREO QUE ES TRASCENDENTE ALINEAR NUESTRAS ACCIONES CON LOS VALORES QUE SOSTIENEN NUESTRO PROPÓSITO DE VIDA**

En el mundo de hoy, donde la búsqueda de la riqueza, el consumo exagerado, la ansiedad por la concreción de resultados y la gratificación inmediata parecen apoderarse de nuestras almas y las de nuestros hijos, se siente cada vez más la necesidad de retomar las riendas de nuestra vida y de reencontrarnos con nuestra verdadera naturaleza.

Generalmente, nosotros los padres pasamos la mayor parte del tiempo preocupándonos, planificando y ocupándonos del bienestar económico de nuestras familias. Y eso está bien. Sin embargo, no es suficiente.

Si realmente queremos lo mejor para ellos, bajo las circunstancias actuales en las que se encuentra el mundo, es fundamental “invertir” el mismo tiempo, la misma intensidad y el mismo compromiso en mejorar el “capital humano” que les vamos a legar.

Todo ese gran paquete de información y herramientas para la vida compuesto por nuestros valores, creencias, experiencias y principios es lo que denomino *capital de vida* y, en definitiva, constituye

el legado que ojalá permanezca cuando ya no esté más físicamente con los míos.

A la mayoría de nosotros, en algún momento de la vida, nos gana el deseo de contribuir para engrandecer el mundo, para dejarlo mejor que como lo encontramos. Queremos transmitir algo sustancialmente significativo que tenga un impacto positivo en la vida de nuestros hijos, familias, amigos y de nuestra sociedad. En mi caso, estoy convencido de que lo más importante que les estoy dejando a mis hijos es el capital humano, más allá del mero capital económico.

Algunos amigos me preguntan por qué escribo mi legado a los cuarenta y seis años y no espero a hacerlo cuando tenga setenta, como hace la mayoría. ¡Ojalá pueda escribir un libro mucho más sabio cuando tenga setenta, ochenta o noventa años!... ¡Si es que llego!

Sinceramente, creo que no debemos esperar para determinar y establecer qué valores y principios queremos comunicar. Dejarle algo valioso a la siguiente generación involucra mucho más que dinero. Incluye pasarle un propósito espiritual y emocional.

La idea principal de este libro es justamente esa: contribuir en el modo de transmitir a las futuras generaciones lo que uno considera lo más importante en su vida.

Personalmente, estoy convencido de que es muy importante hacer dicha transmisión tanto en el ámbito privado como en el empresarial. Y, de hecho, ambos están interconectados.

Creo que no es posible tener un mapa de valores y reglas para la vida y la familia y otro distinto para la empresa. No se puede separar si queremos ser genuinos, auténticos y consistentes en el mensaje que queremos transmitir. Si a mis hijos, en casa, les fomento la importancia de la honestidad y la integridad, pero cuando van a la empresa les digo: “Si podemos hacer trampa, mejor”, estoy, en la práctica, fomentando los valores opuestos y, por ende, generando una grave inconsistencia en el mensaje que les quiero legar. Me guste o no.

Las enseñanzas de vida que aprendí durante mis primeros cuarenta y seis años tuvieron como protagonista central a la cultura

transmitida por la empresa más prestigiosa de Japón y la marca automotriz más grande del mundo.

No todos conocen la historia de éxito detrás de Toyota, mucho más ligada con los principios y valores espirituales de la familia Toyoda que con las estrategias y planificaciones corporativas visibles a los ojos de un observador circunstancial.

Esta convivencia con dos mundos y dos culturas, la oriental y la occidental, de alguna manera me alentó para concebir este libro. En este contacto permanente por veinticinco años con la idiosincrasia oriental, tuve la oportunidad de conocer y trabajar con familias que han transmitido en forma continua y eficiente su sello específico a varias generaciones.

Las que lograron legar exitosamente su *capital de vida* fueron las que se enfocaron en elevar los criterios o reglas cardinales de sus herederos. Les brindaron la caja de herramientas necesarias para ir formándose reglas o criterios basados en modelos exitosos. A su vez, esto les permitió la formación de poderosas creencias que les generaron un determinado sentido de certidumbre acerca de las elecciones o decisiones que fueron tomando en el transcurso de la vida.

Pienso que todo padre o madre de familia, así como todo líder de empresa, no importa cuál sea su patrimonio económico, debería utilizar todos los recursos que tenga a su alcance y trabajar duro para realzar las experiencias de vida y mantener sanas las relaciones de sus miembros.

El traspaso de nuestro *capital de vida* a la siguiente generación es un trabajo que exige tiempo completo.

Para algunos eso es algo fácil de realizar y lo tienen asumido en forma tan natural que se sorprenden cuando se enteran de que hay seminarios enteros con varios profesionales dedicados a guiar a las personas en este tema; sin embargo, para otros resulta un completo desafío. Yo me siento en este grupo.

Lo que muchos desconocen es que, si no se tiene claro el rumbo en la vida, se corre el riesgo de tomar decisiones desacertadas. Y la sumatoria de esas pequeñas resoluciones incorrectas provoca una cadena de acciones que terminan creando un resultado muy apar-

tado del que una vez imaginamos. Luego sobreviene la sensación de que la vida se nos va y que no hicimos lo necesario para vivirla en forma consistente con nuestro propósito y con el resto de los valores que asumimos como fundamentales.

Si usted está leyendo este libro con la expectativa de obtener recomendaciones y estrategias concretas sobre cómo clonar su carácter y personalidad para luego pasarlos a sus hijos y nietos, es muy probable que se sienta desilusionado. Pero no está solo si su verdadera intención es transmitirles un legado que —si bien lo pueden tomar o dejar— es mucho más valioso que el simple capital económico.

Para lograr que mis futuras generaciones pudiesen captar la verdadera esencia del legado que les quiero dejar comprendí que lo primero que debía hacer era tener clara mi visión de quién soy y para qué estoy en el mundo.

Estas son algunas de las preguntas que me guiaron en la búsqueda de mi verdadero propósito de vida:

¿Estoy conforme con el modo como estoy viviendo mi vida?

¿Siento que estoy haciendo las cosas bien?

¿Son las circunstancias del entorno las que controlan mi vida, o soy yo quien tiene el control?

¿Cada vez que tomo una decisión estoy alineado con los valores que he decidido que sean el faro de mi vida?

¿Mis hijos se están educando con los valores, principios, creencias y referencias que los guiarán hacia una vida feliz y de contribución?

¿Estoy contento con el modo como soy?

¿Qué es lo más importante para mí en la vida por encima de todas las cosas?

¿Qué haría si me dijeran que mi vida se termina en un año?

Las respuestas a estas preguntas están directamente conectadas con mis valores. Como he escuchado muchas veces, los valores que hemos establecido como prioritarios son el GPS de nuestra existencia. El vivir en consonancia con ellos nos garantiza un cierto grado

de paz mental. Los valores son nuestra decisión de vida, nuestro norte. Racionalmente nos recuerdan a dónde queremos ir; no obstante, a veces vamos para el otro lado.

Ser consistentes con el propósito de vida que nos trazamos es un buen anticipo del bienestar personal. Por esta razón, cuando se pierde el foco de lo que realmente importa, el reencuentro con los valores esenciales es el camino más seguro y corto hacia el restablecimiento de la paz mental.

Para comunicar exitosamente el capital de vida a nuestros hijos y futuras generaciones debemos hacerlo solamente cuando tengamos claros nuestros valores y logremos un buen autoconocimiento y control de nuestros estados emocionales. Es trascendental alinear nuestras acciones con los principios que sostienen nuestro propósito de vida.

Este libro se nutre de una recopilación de ejemplos y sucesos personales, de reflexiones y experiencias de variada procedencia, de errores y aprendizajes, de crisis y oportunidades, de desafíos y superación. También de admiración y respeto por mi padre y por su legado, de amor y compasión y de búsqueda consciente de la felicidad. Y —como señalé antes— de mi contacto directo con los descendientes de Sakichi Toyoda y el patrimonio —sobre todo inmaterial— que antes ellos recibieron.

Por supuesto que también han sido importantes algunas disciplinas, como la programación neurolingüística y lecturas diversas, desde el pensamiento del dalái lama a los enfoques motivacionales de Anthony Robbins, Esther Perel, Jorge Bucay, Alejandro Junger o Richard Branson.

Pero lo fundamental ha sido el diálogo conmigo mismo, del cual surge la mayor parte del contenido de las páginas que siguen.

**Alejandro Curcio**

I

**MI PADRE  
Y EL VIENTO**

**1**  
**ERA UNO DE ESOS DÍAS**  
**QUE UNO QUIERE QUE NO**  
**TERMINEN NUNCA.**

Los rayos de sol que rebotaban en la espuma blanca me pegaban directo en los ojos. La sal estaba impregnada por todos lados y el cansancio ya se empezaba a sentir. Desde las siete de la mañana había estado surfeando las mejores olas tubulares del verano. El océano, a la altura de José Ignacio, en el departamento de Maldonado, Uruguay, es uno de los más salvajes y poderosos de las costas del Atlántico Sur. Cuando está calmo, es dulce como la miel; pero cuando está rebelde, como ese 24 de enero de 2016, el respeto debe ser extremo si se quiere jugar un poco con él. Ya era cerca del mediodía y mi físico estaba llegando al agotamiento. Decidí salir con la última ola de izquierda que me dejó casi en la orilla. Era un día espectacular, con cielo azul y muy pocas nubes.

Guardé mi tabla de surf y desempaqué la del otro deporte que me apasiona: el kitesurf, no sin antes hacerme un tiempo para almorzar en familia, recobrar fuerzas y chequear el pronóstico de viento en Windguru. Excelentes condiciones: dieciséis nudos, con rachas de dieciocho provenientes del este, a partir de las 14 horas.

A las dos de la tarde ya tenía mi kite de doce metros armado y pronto para levantarlo. En la distancia se veía un grupo de kiteros, pero no estaban en el océano, estaban tomando clases del lado de la laguna, la Garzón. Subí a mi tabla y a los pocos minutos me encontraba volando por encima de las olas, unos cerros salados de un tamaño tan grande como nunca antes había visto en esa zona del mapa. Fui y volví durante una hora seguida. Cada viaje hacia

adentro me alejaba unos cinco kilómetros de la costa. Durante los últimos tres había percibido muchos cambios en las corrientes de aire, que no eran nada comunes teniendo en cuenta que el del este es un buen viento. Me encontraba en apuros.

**2**

**CUANDO ESTABA  
APARTADO UNOS CINCO  
KILÓMETROS DE LA PLAYA  
UN SILENCIO ABSOLUTO  
ALERTÓ TODOS MIS  
SENTIDOS. LUEGO, SOLO  
ESCUCHÉ EL RUIDO DE LA  
COMETA AL CAER EN EL  
AGUA. DESPUÉS, NADA.  
NI UNA BRISA.**

Practicaba este deporte desde hacía quince años y nunca un fenómeno de esas características, en que el viento te abandona y desaparece de golpe, me había sorprendido de esta forma. Muchos dicen que se da por corrientes especiales o atípicas. Otros opinan que obedece al fenómeno conocido como “la niña”, que se produjo ese año. Lo cierto es que en ese momento me encontraba enredado con las cuerdas de la cometa y a merced de la marea asesina que me hamacaba como un trapo viejo. Pronto el viento empezó a soplar nuevamente, pero esta vez con dirección noroeste, y me arrastraba mar adentro. En condiciones normales me hubiera aferrado a la vela para volver con el viento hacia la costa. Pero esta vez estaba sucediendo lo peor, me estaba alejando cada vez más. Mientras esto ocurría, una ola gigante me cayó encima y ahora estaba unos metros bajo el mar, más indefenso que un atún en una red. Mi pulso aumentó inmediatamente y el pánico se apoderó de mí. Cuando pude salir a flote, intenté desenredarme, pero la cometa había quedado mal posicionada y ahora me arrastraba con más furia que antes. Luché por desatarme, pero fue inútil.

**3**

**LA FINA CUERDA DE 150  
KILOS DE TENSIÓN ME  
CORTÓ LA PIEL Y LA  
SANGRE COMENZÓ A  
BROTAR CON FUERZA  
DESDE MI TOBILLO  
IZQUIERDO.**

Me costó un buen rato cortar la cuerda. Nunca creí que fuera tan difícil sacar la navajita que tenía atada al arnés —siempre llevo una— y tajar la soga mientras trataba de no ahogarme en el proceso. “Ya está, me liberé”, fue mi primer pensamiento. Luego de recuperado el aliento, me entró a caer la ficha. Ya no tenía la vela, que nunca se debe soltar, como primera regla, ni tampoco mi tabla. No podía ver nada, por los cerros bestiales que parecían la cordillera andina. Ni siquiera podía divisar dónde estaba la costa. Nuevamente me vino un impulso salvaje que me pedía que saliera nadando para algún lado. “Pará —me dije—. Tranquilo. El pánico te mata y el miedo te salva”. Esta era una máxima que había aprendido en un curso de seguridad para pilotos de helicópteros en Mendoza, Argentina. “¡Pensá!” me grité. Lo primero que hice fue tratar de mantenerme a flote y divisar la costa. Pronto pude ver a la distancia una pequeña casa de la zona donde había partido. Luego hice un rápido inventario de lo que tenía encima. Solo disponía del arnés de cintura, que flota un poquito, y mi cuerpo. Nada más.

Empecé a nadar y me fui guiando con la imagen de la casita, cada vez que la fuerte marea me daba tregua y me permitía verla. Pero no estaba seguro de avanzar porque no tenía casi referencias, solo el puntito allá lejos.

**4**

**NUEVAMENTE ME VINO  
UNA SENSACIÓN DE  
PÁNICO. POR PRIMERA  
VEZ SE ME CRUZÓ LA IDEA  
DE QUE ME IBA A MORIR  
AHOGADO Y NUNCA MÁS  
IBA A VER A MIS HIJOS.**

Ya eran las cinco de la tarde y no había nadie en el mar ni en la playa. Nunca hay mucha gente ahí. Y menos en un día con tantas olas. Había ido solo y nadie en mi casa conocía mi paradero. Por ese lado estaba liquidado. “Ale, estás solo”, me dije entre excitado y asustado hasta las patas. Entré en una lucha constante con mis emociones. De repente me venía una desesperación tal que tenía que razonar para cortarla de raíz y no dejar que me agobiase.

El primer alivio me llegó cuando vi el puntito de la casa un poco más grande. “Bueno, estoy avanzando”, pensé. Es imponente cómo ese pequeño estímulo se convirtió en una poderosa motivación. Ahora, por primera vez, puse en mi mente la idea de que tal vez iba a lograrlo. Si el cuerpo me dejaba. Ya llevaba dos horas nadando y, entre el estrés y todo el deporte que había hecho ese día, el dolor físico se empezaba a sentir. Pronto la idea de sobrevivir comenzó a alternarse con la de: “¿Y si mi cuerpo me falla?”. Otra vez. La guadaña quería cortar mi espíritu. “¡Enfocate en vivir, Ale!”, grité con todas mis fuerzas. Inmediatamente establecí mi primera regla de supervivencia: “Tengo que alejar todo pensamiento negativo, solo pienso que me salvo, que voy a vivir”.

Así, fuertes imágenes vinieron a mí como fotogramas en una película. Pensé en mis amigos Nando y Roberto,<sup>1</sup> y en lo que lucharon para salir de la cordillera de los Andes tantos años antes. Pensé en Akio Toyoda cuando estuvo todo un año sufriendo por algo de

---

1 Nando es Fernando Parrado y Roberto es Roberto Canessa, sobrevivientes de lo que se conoce como tragedia de los Andes, accidente aéreo ocurrido en 1973.

lo que no era culpable,<sup>2</sup> sin saber si la crisis de calidad iba a terminar destruyéndolo a él y a su legado familiar. Pensé en el cáncer y el período de incertidumbre que tuve que pasar —antes de curarme definitivamente— para saber si se había extendido o no a otra parte de mi cuerpo. Pero, principalmente, pensé en mi viejo.

---

2 Presidente de Toyota ante la mayor crisis de credibilidad que debió afrontar la compañía de automóviles líder en el mundo.

**5**

**HACÍA TAN SOLO DOS  
MESES QUE, A LOS  
NOVENTA Y DOS AÑOS  
DE EDAD, MI PADRE SE  
HABÍA CAÍDO MIENTRAS  
MIRABA UN PARTIDO DE  
FÚTBOL Y SU CADERA SE  
HABÍA QUEBRADO EN  
DIECIOCHO PARTES.**

Luego de la operación, ante la cual nos habían dicho que sería un milagro si sobrevivía, mi padre estuvo en el CTI varias semanas, luchando por su vida. Pensé en él y en su espíritu. Apenas salió de la unidad de cuidados intensivos con un fierro de cuarenta centímetros de longitud clavado en su fémur, le pregunté cómo se sentía. Obviamente me respondió que mal, pero también me dijo, con absoluta convicción, que era un proceso que tenía que pasar y que, en un tiempo, no sabía cuánto exactamente, iba a volver a su oficina... ¡y pensaba hacerlo caminando!

“Mi padre nunca se da por vencido, incluso teniendo todos los pronósticos en contra”, me dije, admirando su espíritu. “¡Es un proceso que hay que pasar!”, me repetí varias veces mientras intentaba nadar hacia la costa.

Había leído que una idea se convierte en creencia cuando se sostiene con referencias de experiencias pasadas, propias o ajenas. Una creencia es como un banco alto de barra de bar. El asiento viene a ser la idea y las patas que lo sostienen las referencias. Cuantas más referencias sostengan la idea, más potente es la creencia. Y si seguimos agregando más patas, la creencia se convierte en convicción.

**6**

**DE REPENTE VI ALGO QUE  
VOLVIÓ A ELEVAR MI  
ESPERANZA. ENCONTRÉ  
UNA NUEVA PATA PARA  
MI BANCO: LA TABLA.**

Qué alegría imponente. No lo podía creer. La tabla volvió a cruzarse en mi camino. Arrastrada por la marea —de la misma forma en que yo lo estaba siendo—, de pronto y sin mucha explicación, apareció delante de mí a unos treinta metros. Nadé lo más rápido que pude hacia ella evitando todo tipo de distracción por temor a perderla de vista. Al poco tiempo ya estaba abrazado a ella como un niño a su regalo de navidad tan añorado. Era el mejor obsequio del mundo. Las tablas de kite —esta no era de olas— miden un metro cuarenta aproximadamente y son muy finas. Flotan muy poco. Pero de todas formas traté de remar encima de ella. Al cabo de un rato la casa ya se veía más claramente y la creencia de que habría de sobrevivir se estaba fortaleciendo poco a poco. El sangrado de mi pierna se había detenido y ahora mi foco estaba puesto en remar a un ritmo suave, controlando mis emociones y mi ansiedad, para no gastar energía innecesariamente y conservar la suficiente para cuando llegase a la rompiente, cuyo cruce —con esas olas, el cansancio y sin salvavidas— iba a ser un duro escollo.

Continué remando hasta que pronto una nueva pata se sumó al banco: el color del agua había cambiado y ahora era marrón. Creo que estaba a unos ochocientos metros de la costa. Al cabo de unos cuarenta minutos más, estaba en la rompiente. Era algo imponente. Casi sin fuerzas, con la noche cerca, la espuma blanca, el olor a sal, las gotas de agua volando por todos lados y el fragor de las poderosas olas al romper, las patas del banco empezaron a quebrarse una tras otra. Antes de quedarme paralizado y sin esperanzas, decidí jugármela y lanzarme con todo. Tomé la primera ola, surfeándola con la tablita en el pecho, pero no pude mantenerme

a flote y pronto sentí que me iba hasta el fondo. Tremendo revólución. Cuando volví a salir a la superficie, sentí cómo mi pantorrilla izquierda se acalabraba mientras una nueva ola me reventaba encima. Ahí sí creí que la quedaba.

**7**

**MIS PENSAMIENTOS  
SE DEBATÍAN ENTRE EL  
TERROR Y LA TRISTEZA.  
PENSÉ EN QUÉ PASARÍA  
CON MIS HIJOS, QUÉ IBA A  
SUCEDER EN MI AUSENCIA.**

Quería vivir, con todas mis fuerzas. Quería escaparme de una vez por todas de la muerte, que me acechaba de cerca. Tuve que calmar mi mente convenciéndome de que iba a sobrevivir. Pero estaba exhausto. No me quedaba energía. Me la había jugado toda en ese tramo final y, según mi brújula interna, todavía me faltarían unos cincuenta metros para alcanzar la costa...

Por suerte me equivoqué.

Tal vez por el revolcón final, tal vez por el mareo y la fatiga o por el hecho de que quizás estaba experimentando una suerte de pérdida de la conciencia situacional, cuando me quise acordar me vi tirado sobre la arena, casi muerto físicamente por el agotamiento, pero llorando de felicidad.

Luego comprendí que, mientras estaba luchando por mi vida en el mar, tuve varios altibajos de espíritu que me dominaron por completo, controlando mi comportamiento y haciendo que reaccionara sin pensar. Es que cuanto más intensas son las emociones, más difícil se hace el control racional de nuestras acciones. En situaciones extremas y estresantes, esta puja es muy fuerte y nuestro organismo tiende a priorizar lo emotivo. En mi caso fui capaz de recuperar el control mediante mis pensamientos, lo que me permitió vivir.

Tuve que dialogar conmigo mismo un buen rato para calmarme, antes de recobrar la confianza mediante el razonamiento. Sin embargo, fue una tarea muy difícil y angustiosa, que implicó poner mi foco y mi compromiso en el objetivo de vivir.

A partir de esta experiencia tremenda fue que decidí escribir este libro. Con la convicción de que en las aguas de José Ignacio había sobrevivido de milagro, comprendí que necesitaba poner en papel una serie de ideas que había ido aprendiendo en mi formación como persona y como empresario. Me sentí en la obligación de transmitírselas no solo a mis hijos, sino a todo aquel que se interesara en leerme. “No importa mi edad —me dije—, es tiempo de que empiece a poner el foco en el tema de mi legado para la siguiente generación”.

Pero es bueno que empiece por el principio y vuelva a hablarles de mi padre.